



NOTES

Leer a Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos como autor ibérico

El poeta Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos encarna con su vida y obra el ideal de hombre de letras ibérico que, a caballo entre los siglos XVII y XVIII, vivió entre Torre de Moncorvo, Madrid, Coímbra, Barcelona, Lisboa y Salamanca, recorrió tierras de Francia e Italia y publicó versos y prosa en castellano, portugués y también en latín.¹ Nacido en 1670, pasó su primera infancia en su patria chica, Torre de Moncorvo, donde, según versificaría en la etapa postrera de su vida, ya de niño ascendió por medio de la ficción de los nemorosos campos del río Duero al Monte Parnaso y, posteriormente, sería llevado de la curiosidad a conocer diversos pueblos y costumbres:

Postquam me Durius nemorosis uidit in aruis
aut patrios frutices auibus fraudare canoris
aut facili fluctu puerum uada fulua secantem
proluit et nostri Nymphis placuere natatus,
Parnasum ascendi.

[...]

Diuersos agimur populos et uisere mores;
ut similis patri per Maura mapalia laeto
progenies Nomadum uagat armentarius Afer;
qualiter et princeps Arabum sua regna peragrat,
puluerea et uento sublata; incertus ut illa
atferit errantes errans equitatus harenas.

(Vasconcelos 2020: 206 y 208; *Satyrae*, 2, vv. 134-138 y 167-172)

Después de que me vio el Duero en los nemorosos campos
hurtar a los arbustos patrios las aves canoras, después de que
me llevó en su amena corriente cuando, niño, hendía yo
las aguas de sus dorados vados, y plugo a las ninfas mi nadar,
ascendí al Parnaso.

¹ Estas reflexiones ibéricas surgen con motivo de la lectura de las *Satyrae* de Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos, editadas críticamente y traducidas al castellano con maestría por Christian Juan Porcar Bataller (Bamberg: University of Bamberg Press, 2020; volumen 17 de la colección *Bamberger Editionen*). El estudio de Porcar Bataller que antecede a la edición de las *Satyrae* actualiza con gran atención por el detalle el estado de la cuestión de las ediciones de las obras de Botelho de Moraes e Vasconcelos; me sirvo de sus datos bibliográficos para este breve ensayo.

[...]

Soy llevado a conocer diversos pueblos y costumbres,
 como, remedando a su padre –feliz de una cabaña mora a otra–,
 vaga el pastor africano, descendiente de los nómadas;
 y como recorre el príncipe de los árabes sus reinos,
 polvorientos y enterrados por el viento; mudable yo, como
 pisa aquella caballería errante las errantes arenas.

(Vasconcelos 2020: 207 y 209; traducción de Porcar Bataller)

Sus primeros estudios los realizó en la corte de los Austrias, al arrimo de familias nobles bien asentadas, y sus siguientes pasos lo llevaron al Colegio de la Compañía de Jesús en Coímbra. Regresó a Madrid, donde, según narraría años después, pasó la mejor parte de su vida; con una breve estancia en Barcelona a principios del siglo XVIII. Al comenzar la Guerra de Sucesión, tras un inicial apoyo a la causa borbónica, que se evidencia al dedicar su exordio épico, *El nuevo mundo* (1701), al rey Felipe V («Augusto, piadoso, feliz, rey de las Españas y Indias», como se puede leer en la portada), optó ya en 1702 por el partido austracista, manteniéndose siempre fiel a las alianzas adoptadas por el *Paço* de Lisboa. Se instaló a orillas del Tajo con el ascenso al trono portugués de D. João V y años más tarde acompañó al embajador luso ante la curia romana en calidad de secretario, viaje que también lo llevó por tierras francesas, donde publicaría su segundo poema épico, *El Alphonso*, en loor de la conquista portuguesa de Lisboa a los musulmanes. Como era usual en la época, dicho poema ya corría manuscrito entre las dos cortes peninsulares. De Roma regresó a Torre de Moncorvo en 1717, con la noticia del fallecimiento de su progenitor, a fin de tramitar la herencia familiar. Pasó a residir entre Lisboa y su terruño, puliendo en sus tiempos de ocio su poesía épica, a la vez que vertiendo a octavas portuguesas su canto de la conquista de Lisboa. En el año de 1730 cruzó nuevamente la raya y se asentó en Salamanca, salvo un breve lapso de tiempo en que, por problemas diplomáticos entre Madrid y Lisboa, volvió al recogimiento de sus heredades de Trás-os-Montes, mostrándose así una vez más como fiel y leal súbdito de la Casa de Bragança (el episodio que propició su entrada en Portugal fue la invasión de la legación diplomática del embajador portugués en Madrid, que tuvo como respuesta un acto semejante en Lisboa; todo a lo largo del año 1735). Durante los años pasados en las riberas del Tormes, su actividad literaria se incrementó y publicó, nuevamente corregido, *El Alphonso*, así como la curiosa miscelánea burlesca titulada *Las cuevas de Salamanca*. También publicó en la misma ciudad universitaria que tan bien lo acogiera las seis ediciones conocidas de sus *Satyrae*, que vieron la luz sucesivamente y siempre con adiciones entre 1738 y 1742. Se trata de cuatro sátiras a las que antecede, en las ediciones a partir de 1741, una sátira-prólogo, y de esta forma incorporó Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos el latín a su producción literaria. Acabaría falleciendo en Salamanca en 1747. En portugués todavía se imprimiría en Lisboa, ya póstumo, un *Discurso político, histórico e crítico* (1752). Tres fueron, pues, sus idiomas; los tres ibéricos, pues negar en la península ibérica dicho carácter al idioma originado en el Lacio sería desconocer los luengos

siglos de agitada historia en los que convivió con los diferentes romances peninsulares, según iban surgiendo, amén de con el hebreo y el árabe.

El reciente interés por los estudios ibéricos o *Iberian Studies*, según el marchamo anglosajón, tiene la gran virtud de observar letras y fenómenos culturales presentes y pasados sin depender de una episteme basada en las reductoras literaturas nacionales, siempre monolingües y frecuentemente monoculturales. De esta forma, se estudian y visibilizan aspectos culturales solapados por un paradigma de análisis basado en la nación como eje vertebrador de la perspectiva metodológica a seguir. En la práctica, los estudios ibéricos suelen centrarse en las actuales lenguas peninsulares y sus variantes, sean o no oficiales en algún territorio específico, al tiempo que, acientíficamente, suelen reducir cada lengua a una cultura razonablemente homogénea, tanto en el presente como en el pasado y con proyección en el inescrutable futuro. No pocas veces, además, los estudios ibéricos se entienden como una forma de buscar en el presente una convivencia equilibrada y democrática entre las diferentes lenguas y culturas de España, lo cual no deja de ser un loable empeño, merecedor de elogio y apoyo, pero que no hace sino desmerecer, siempre en el marco de los estudios ibéricos y desde un punto de vista lingüístico, cultural e incluso político, a la lengua y cultura(s) portuguesas. Huelga decir, además, que dicha concepción del iberismo esencialmente enfocada a temas del Reino de España ignora el valor de la lengua mirandesa y de no pocos dialectos de frontera o de la raya. Además, todavía más importante, se parte de forma implícita de una concepción de la identidad originada esencialmente en la nación de pertenencia (considerada como inmutable en el tiempo), y muchas veces interpretada y definida a partir de una lengua (sin prestar gran atención a las inherentes variantes históricas y geográficas del fenómeno lingüístico). Es por ello que la religión, el estamento (fundamental en el Antiguo Régimen), la clase social de origen, la adscripción política, la pertenencia a una preestablecida etnia, el género, la profesión, la cultura adquirida, etc., pasan a ser elementos demasiado infravalorados a la hora de concretar las características de la identidad que servirá de pauta explicativa del comportamiento o interpretación de la biografía de un individuo concreto, de una determinada producción artística o de un fenómeno cultural objeto de estudio. No es de recibo que sea casi siempre la supuesta nación de pertenencia u origen la característica fundamental que haga gravitar todos los proyectos de investigación enmarcados en los estudios ibéricos, o *Iberian Studies*.

Estudios de caso aparte, el marco mental de los estudios ibéricos debería ser la totalidad de la península ibérica, con Andorra y Gibraltar inclusive (también la Val d'Aran y su occitano gascón o aranés), es decir, la compleja relación de las diferentes identidades lingüísticas y culturales que conviven en dicho espacio geográfico. El marco temporal debería ser sincrónico y diacrónico, así, no sólo debería interesar el presente, sino también épocas pretéritas, muy anteriores al nacimiento del concepto de nación, tal y como se desarrolló y consolidó en el siglo XIX. Y tampoco se deberían de perder de vista las islas mediterráneas o atlánticas, ni los territorios o enclaves del norte de África, presentes e históricos, pues su constante diálogo cultural con el resto de la península ibérica, y su dependencia político-económica, es innegable.

De gran relevancia es, también, tener muy presente la importancia de las comunidades ibéricas expulsadas, es decir, la sefardí y la morisca; y tampoco olvidar los diferentes exilios políticos, habituales a partir de comienzos del siglo XIX, pues esos autores siguieron escribiendo con vocación de intervención pública en la península ibérica. Y siempre desde una perspectiva ibérica, deberían asimismo ser tenidos muy en cuenta los territorios vasco y catalán que se extienden por la geografía de la *République française* pues, culturalmente, sus respectivos habitantes pueden recurrir a por lo menos dos culturas de referencia (y ninguna de ambas culturas tiene que ser considerada como homogénea; imperativo es recordarlo). Además, conviene no perder de vista que la relación entre una lengua y una literatura no siempre pasa por una pertenencia nacional o incluso meramente política, como evidencian las *Cantigas de Santa Maria*, compuestas en galaico-portugués en la corte de Alfonso X el Sabio. Encontramos un ejemplo comparable en la literatura provenzal escrita en los territorios del levante peninsular, tradición que se prolongó hasta su epígono Jordi de Sant Jordi, a principios del siglo XV. Así, la más que tricentaria y muy conocida tradición lusitana de escribir en castellano, sin por ello renunciar a un mayor o menor sentimiento nacional portugués, no es única en la península ibérica, pues cuenta con antecedentes parcialmente comparables.

Fueron posiblemente las letras italianas, ya en el siglo XVIII, las primeras que empezaron a tener un conocimiento cabal y una apurada conciencia crítica de su tradición literaria, hecho que auspició su creciente institucionalización. Las demás literaturas nacionales se formarían a la zaga de la transalpina, con mayor o menor premura (cf. Guillén 1998). Por formación cultural y socialización, para Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos la lengua no supuso en absoluto un factor de nacionalidad, máxime por ser miembro de la nobleza provincial portuguesa en el Antiguo Régimen, época en la que importaba más el estamento y la lealtad a un rey que una proveniencia geográfica, cultural o incluso étnica. En los prolegómenos de un texto ya clásico (1983), Benedict Anderson describió de forma precisa esa relación estamental de vasallaje: «We may today think of the French aristocracy of the *ancien régime* as a class; but surely it was imagined this way only very late. To the question 'Who is the Comte de X?' the normal answer would have been, not 'a member of the aristocracy', but 'the lord of X', 'the uncle of the Baronne de Y', or 'a client of the Duc de Z'» (Anderson 2006: 6-7). Leer a Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos como autor ibérico es, pues, un buen arranque para interpretar sus textos.

Frecuentó el poeta de Torres de Moncorvo asiduamente las letras en español, pero mantuvo una pética fidelidad a la corona portuguesa, como era tradición en su familia; y así lo dejó por escrito:

Estando contente e respeitado em Madrid, onde passei a melhor parte da minha vida, voltei a Portugal ao princípio da guerra passada [la denominada Guerra de sucesión española]. E estando da mesma sorte em Salamanca, onde assisti cinco anos, deixei as minhas comodidades e o meu gosto, quando pelos atuais rumores e prevenções militares, se me representou indecorosa a minha permanência em Castela [alude al conflicto político originado por la invasión de las legaciones diplomáticas en 1735: la portuguesa en Madrid y la española en Lisboa]. Em ambas ocasiões imitei a meu avô Paulo Botelho, o qual de ordem

de Filipe IV marchava a Catalunha comandando um regimento de infantaria (então se chamavam «terços») e tendo notícia da aclamação do nosso grande Rei D. João IV [la denominada *Restauração*, que estalló en diciembre de 1640], se restituiu a Portugal. [...] De sorte que duas vezes o nosso Reino me causou os prejuízos de me desterrar das nações estrangeiras para o nosso Reino. Digo prejuízos, mas não violências; pois amando com a mais exata fidelidade ao meu Rei e à minha pátria, seguem sem repugnância aos impulsos da minha obrigação as resignações do meu ânimo. (Vasconcellos 1752: 3-4)

En ese sentido, Botelho de Moraes e Vasconcelos no tuvo reparos en cantar en castellano la celebrada conquista de Lisboa en su poema épico *El Alphonso*, hecho militar que consideró como concluyente para la fundación del Reino de Portugal: «ser mi héroe el muchas veces Grande Don Alfonso Enríquez al perficionar su nueva Monarquía con su notable triunfo de Lisboa: Ciudad a que doy el nombre de Elysia porque así la llamó (y Elysios a sus campos) su antiquísimo fundador Elysa» (*El Alphonso* 1716: VI); «El héroe que en Elysia conquistada / redujo a perfección su Monarquía» (*El Alphonso* 1716: 1, vv. 3-4). Sin encogimiento, además, dedicó al mismo tiempo la edición de 1731 de estos heroicos versos a Doña María, serenísima princesa de Asturias, y se acogió bajo la protección de la marquesa de Villalba de los Llanos. En esa edición de 1731 vuelve a ser explícito:

Señora. Establecen los legisladores del poema épico la precisa ley, de que el héroe, la acción y la fábula sean sumamente ilustres; despreciando todo lo que no fuere cercanía o identidad de lo Divino. Procuré obedecerles tejiendo mi obra de especies no vulgares, después de elegir un admirable héroe, fundador de un reino prodigioso. Ni fundó sola la Monarquía; pues también en sí y en su acción fundó un elevadísimo ejemplar [posible referencia al Discurso L, «Las cuatro causas de la agudeza», del *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza*, de Baltasar Gracián] de como han de ser la acción y el héroe del poema épico. (Vasconcelos 1731: [3])

Y no es un caso aparte, pues sabido es que no pocos ejemplos se podrían aducir de autores portugueses que, escribiendo en castellano, elogiaron enfervorizadamente diversos aspectos del Reino de Portugal. La tradición de autores lusos que escribieron en castellano nació hacia el siglo XV y tuvo en esa centuria como figura señera al condestable de Portugal D. Pedro de Coímbra. Ya en el siglo XVIII, tuvo como alto colofón a Botelho de Moraes e Vasconcelos, sin olvidar las dos voluminosas ediciones en cinco tomos de la *Fénix Renascida ou Obras poéticas dos melhores Engenheiros Portugueses* (1716-1728 y 1746), que recogen poemas escritos en su gran mayoría en el siglo anterior, de los cuales aproximadamente un tercio se compusieron en castellano. El éxito comercial de esta antología poética y su secuela el *Postilhão de Apolo* (1761-1762) constata el activo aprecio que la poesía barroca, también la escrita en castellano, seguía despertando en Portugal en la centuria del setecientos. Los inventarios conocidos de librerías y bibliotecas confirman la penetración del libro en castellano en Portugal, hecho que también se puede observar en el muy alto número de libros en castellano que salieron de las prensas lusas.

Botelho de Moraes e Vasconcelos no fue un autor portugués que escribiese en castellano como lengua extranjera, como la gran mayoría de sus conterráneos lusos, sino que para él el castellano era una lengua segunda, por las más que largas temporadas que residió en Madrid y Salamanca. Incluso reflexionó por escrito sobre ello:

Son españolas mis locuciones, por ser ésta mi lengua materna; pues aunque nació portugués, me crié y asistí entre los castellanos, hablando sin intermisión su idioma la mayor parte de mi vida. Si bien pasando a Lisboa, y haciendo mía la lengua de mis padres, traduje en ella mi *Alphonso*. (Vasconcelos 1731: [11])

También el afamado y anterior en el tiempo Francisco Manuel de Melo escribió parte de sus textos en castellano como lengua segunda, si bien a partir de 1640 y por motivos políticos dicha lengua pasó a ser, para él, lengua extranjera, pues dejó de residir en España. Para conocer qué nivel de castellano dominaba Botelho de Moraes e Vasconcelos, interesa traer al presente que Francisco Manuel de Melo censuró hacia 1647 en una de sus *Cartas Familiares* un soneto de autor portugués anónimo escrito en castellano por rimar «vença» con «ofensa», pues se trataba, afirma, de consonantes «diferentísimas» entre los castellanos (Melo 1980: 146). Ahora bien, resta la duda de si ese lusismo fonético tuvo un carácter involuntario, y por lo tanto no sería más que un craso error de ese autor anónimo, o si, por el contrario, habría sido un acto literario consciente, lo que nos depararía con un ejemplo más de una frecuentada tradición castellanizante de Portugal, ya constatada por Dámaso Alonso en sus lecturas de Gil Vicente (1942). Ciertos lusismos en textos castellanos escritos por portugueses podían ser errores, pero en no desdeñables ocasiones eran guiños a una tradición poética que sus receptores directos y conterráneos apreciaban sobremanera. Y siempre teniendo en cuenta que el concepto de norma lingüística propio de los días de hoy no tiene correlato con la realidad plurilingüística peninsular de los siglos XVII y XVIII.

Conocer, así, en qué espacio lingüístico y cultural vivía e interactuaba Botelho de Moraes e Vasconcelos es ciertamente una tarea pertinente que requiere prestar atención al matiz, pues vivió entre el portugués y el castellano (y el latín), en constante viaje lingüístico y geográfico de ida y vuelta y en el marco de una políglota y policéntrica cultura ibérica que todavía tenía como referente una poética clasicista anclada, *grosso modo*, en la autoridad emanada de los textos de la Antigüedad clásica. Es decir, las letras tenían como referente normativo un modelo retórico-poético y teológico-político común, propio del Antiguo Régimen (cf. Hansen 2019). Es más, Botelho de Moraes e Vasconcelos comenta e interpreta con inusitada frecuencia en sus paratextos la heredada poética clasicista, tanto para legitimar sus versos como para mostrar su conciencia de la existencia de una todavía activa *translatio studii*:

La exterioridad de la Poesía ha de ser agradable y risueña; mas lo recóndito de la alegoría es siempre puro y inculpable: diferenciándose la figura que representa, de la que es representada y esconde en sí algunas doctrinas para conciliarias respecto: de cuyos arcanos, impenetrables al vulgo, se formó en las veneraciones antiguas gran parte de la Divinidad Poética. Establecióse esta facultad con las fábulas y erudiciones que de Asia pasaron a los Griegos, a los Egipcios y a los antiguos Romanos. Son inevitables en ella las *Musas*, *Dioses*, *Semidioses*, *Ninfas*, &c. Y está hecho a estos nombres el oído de quien contempla nuestras fábricas armoniosas, de suerte que el mudarlos sería deshacer todo el semblante de la Poesía. (Vasconcelos 1716: VIII)

Por sus adquiridos méritos literarios, sin ningún género de dudas sus contemporáneos ibéricos le reconocieron y alabaron el capital cultural alcanzado en las diferentes

etapas de su vida: fue elegido académico honorario de la barcelonesa Acadèmia Desconfiada o Acadèmia dels Desconfiats, recibió la Merced del Hábito de la Orden de Cristo e incluso rechazó la invitación a incorporarse a la romana Accademia dell'Arcadia. En su tierra natal fundó la Academia dos Unidos y culminó su ya adquirido prestigio institucional con el nombramiento como académico honorario de la Real Academia de la Lengua Española.

A la vista de estos someros datos, no deben restar dudas de que la figura y la obra de Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos merecen una muy cuidada atención por parte de la crítica académica contemporánea, especialmente la interesada por temas ibéricos. La bibliografía sobre Botelho de Moraes e Vasconcelos no ha dejado de crecer en los últimos decenios, pero todavía de forma modesta, si tenemos en cuenta la capital importancia tanto del personaje como de la obra escrita. Además, y ciertamente más acuciante para la crítica contemporánea, una imperdonable laguna se cernía sobre su obra: la vertiente latina seguía desconocida, por mucho que su autor se preocupase en vida de que fuese editada con esmero. Así lo atestiguan las ya citadas seis ediciones de sus *Satyrae* (1738 a 1742), amén de dos versiones previas de una de las sátiras que se publicaron en 1737, como sendos apéndices de la edición reencuadernada de *El Alphonso* y en la cuarta edición de la *Historia de las cuevas de Salamanca*.

Desde finales del siglo XVIII la asociación entre lengua y literatura nacional no hizo más que incrementarse, por lo que el latín medieval y el neolatín no alcanzaron nunca el rango de lengua nacional, ya que de lo que se trataba era de formar las literaturas nacionales italiana, francesa, española, portuguesa, catalana, gallega, etc. En consecuencia, las literaturas latinas medievales y las literaturas neolatinas europeas e incluso americanas dejaron de tener un espacio académico en los cada vez más nacionales y reglados estudios universitarios. A ello se ha sumado la creciente pérdida de suficiencia lingüística en latín por parte de las élites de la burguesía cultivada europea (*Bildungsbürgertum*), y en general del mundo occidental. En resumidas cuentas, el advenimiento de las literaturas nacionales y la cada vez mayor incapacidad de leer y disfrutar de textos latinos por parte de las élites letradas europeas ha relegado a la oscuridad una marea de textos repartidos por largos siglos. Las *Satyrae* de Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos forman parte de ese generoso catálogo ibérico y europeo de títulos conocidos y, sin embargo, lamentablemente poco leídos por resultar cada vez más inaccesibles, debido al mencionado escollo lingüístico.

Superada ya la sexta década de vida, confiaba Botelho de Moraes e Vasconcelos en que la censura de los vicios por medio de la sátira podría enmendar a sus lectores y encaminarlos a ser honestos y virtuosos; y a tan generoso empeño dedicó sus horas de ocio, escribiendo y puliendo versos («Otium diligo» / «Amo el ocio»; Vasconcelos 2020: 144-145). Con modestia poética y cierto sentido de la realidad afirma al comienzo de sus sátiras que le bastaría con que uno solo de sus lectores alcanzase la probidad.

[...] Leget unus; et urbe legente,
uix probus unus erit. Fateor; tamen inluctus unus
regna est et regis clipeus numenque suorum.

(Vasconcelos 2020: 158; *Satyrae, Prologus*, vv. 75-77)

Solo uno leerá sátira; y aun cuando toda la ciudad leyere,
 uno solo, a lo sumo, se tornará bueno. Lo confieso; mas, uno solo, ínclito,
 vale por todo el reino, es adarga del monarca y numen custodio de los suyos.
 (Vasconcelos 2020: 159; traducción de Porcar Bataller)

Botelho de Moraes e Vasconcelos dialogaba en su época con un círculo de eruditos ibéricos que se abrían paulatinamente a las ideas ilustradas europeas. Interesa por ello, y mucho, conocer el pensamiento de quien se formó en el tardobarroco, elogiando efusivamente la poética clasicista heredada, pero encaneció ya en los albores de la Ilustración. Frente a los nuevos avances científicos de su época, quienes se han asomado a sus escritos han resaltado que Botelho de Moraes e Vasconcelos muestra cierto escepticismo, al tiempo que se reafirma en la fidelidad al dogma católico apostólico romano, pues eleva la teología por encima de las demás ramas del saber: «Primero que a los experimentales encarecimientos de París, y del septentrión, debo creer a la Sagrada Escritura, la cual repetidamente nos avisa que son muy falaces y muy cortos los vuelos de la ciencia humana» (Vasconcelos 1737: [23]). No obstante esta declaración de fe religiosa, en su texto póstumo en prosa, *Discurso político, histórico e crítico* (1752), recupera un famoso aforismo de Baltasar Gracián, inspirado éste a su vez en Ignacio de Loyola (según su biógrafo Pedro de Rivadeneyra), sobre la dialéctica relación entre mundo terrenal y mundo celeste. Dice así el famoso aforismo número 251 del *Oráculo manual* de Baltasar Gracián (1647): «Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos. Regla es de gran maestro, no hay que añadir comentario» (Gracián 1997: 237). Y de esta forma condensa Gracián en escasas palabras un esfuerzo de racionalización o tacitismo de la vida pública del siglo XVII, que tenía como tarea prioritaria armonizar razón política y fe teológica sin acercarse a la senda marcada por Niccolò Machiavelli, autor fuertemente denostado en la península ibérica tridentina (cf García Gibert 1998). Ya Francisco de Quevedo o Diego de Saavedra Fajardo habían reflexionado sobre semejante problema, de gran peso en el siglo XVII peninsular: el primero en lacónica sentencia, «Dios como si no hubiese medios, medios como si no hubiese Dios» (Quevedo 1981: 1129), y el segundo en la empresa 88 de su *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, «Menester es que obremos como si todo dependiera de nuestra voluntad, porque de nosotros mismos se vale Dios para nuestras adversidades o felicidades» (Saavedra Fajardo 1640: 619). La referencia a Gracián en el texto de Botelho de Moraes e Vasconcelos, o al debate político-teológico que subyace tras el enunciado del aforismo, es manifiesta para cualquier lector atento: «Os políticos de maior acerto aplicam os meios humanos com tal eficácia, como se não houvera Deus, e resignam logo em Deus o sucesso, como se não houvera meios humanos» (Vasconcelos 1752: 14). Y aporta incluso un ejemplo concreto relativo a la nefasta expulsión de los moriscos de tierras de España:

Aconselharam e instaram aos Reis Católicos que expulsassem das suas terras aos mouriscos como inimigos da Igreja. Seguiram os Reis esta frenética persuasão; porque semelhantes absurdos se ouvem e obedecem como revelações. Saíram inumeráveis famílias, ficando

Espanha com uma grande falta de gente, de que ainda não convaleceu, nem será fácil convalecer. [...] Enfim, no imprudente conselho, que se deu aos Reis Católicos, ficou sumamente prejudicada a Igreja, sumamente prejudicada a Monarquia e sumamente tiranizados os expulsos (Vasconcellos 1752: 15-16).

Es evidente que a mediados del siglo XVIII la voluntad de separar la esfera humana de la divina se encaminaba hacia una secularización del proceder político, máxime si expresada por alguien que, además de haber recorrido diversos caminos de la península ibérica, había vivido en Roma y pasado por Francia: «Gasté mis años y mi dinero divirtiéndome por los mejores Reinos de Europa; y escribiendo cuando me dejaba de su mano la pereza» (Vasconcelos 1737: [21]).

Vivió Botelho de Moraes e Vasconcelos el final de una época y el nacimiento de otra y escribió poesía y prosa en castellano, latín y portugués que nos permiten seguir de cerca el pensamiento vivo de un período ibérico tornadizo. Repetidas veces mostró su profundo conocimiento del arte poético clasicista, anterior a los surgimientos de las construcciones nacionales, que sólo triunfarían algunas décadas después de su muerte. No fue un autor transgresor, pero sí quizás el epígono de un paradigma axiológico vertical que distinguía entre textos que podían ascender al Parnaso y aquellos que no cumplían con los requisitos poéticos exigidos. No vivió el nacimiento de la burguesía, ni los primeros pasos sólidos de los proyectos nacionalistas de occidente. Y tampoco, desde un punto de vista literario, supo de la existencia de una poética burguesa con una nueva escala de valores que aplaudiría la transgresión y la búsqueda de expresiones desconocidas y rompedoras (cf. Schulz-Buschhaus 1979).

Es tarea de los estudios ibéricos bucear en las diferentes construcciones lingüísticas y culturales de la península ibérica. Y es más productivo interpretar que las actuales unidades lingüísticas y culturales se conformaron históricamente de forma conjunta y gracias a una tupida red de relaciones, influencias, superposiciones e imposiciones de ida y vuelta. Es decir, cada unidad lingüística y cultural de la península ibérica actual no se constituyó de forma independiente. La interrelación cultural ibérica, tanto en forma de acto como de potencia (pasada, presente y futura), ha sido la regla, no la excepción. Se torna imperativo, pues, volver a Francisco Botelho de Moraes e Vasconcelos por el interés de sus versos y prosa y porque metodológicamente nos permite indagar en un mundo ibérico próximo en el tiempo y todavía no demasiado anclado en una hermenéutica que se legitima a partir de una esencia nacional ahistórica.

Referencias bibliográficas

A Fénix Renascida ou Obras Poéticas dos melhores Engenhos Portugueses (2017), Ed. de Ivo Castro, Enrique Rodrigues-Moura e Anabela Leal de Barros, Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian.

ALONSO, Dámaso (1942), «Problemas del castellano vicentino», en GIL, V., *Tragicomedia de Don Duardos*, Madrid: CSIC, 117-154.

ANDERSON, Benedict (2006) [1983], *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Revised Edition, London / New York: Verso.

- GARCÍA GIBERT, Javier (1998), «Medios humanos y medios divinos en Baltasar Gracián (la dialéctica ficcional del aforismo 251)», *Criticón* 73, 61-82.
- GRACIÁN, Baltasar (1997), *Oráculo manual y arte de prudencia*. Ed. de Emilio Blanco, Madrid: Cátedra.
- GRACIÁN, Baltasar (1998), *Arte de ingenio, Tratado de la Agudeza*. Ed. de Emilio Blanco, Madrid: Cátedra.
- GUILLÉN, Claudio (1998), «Mundos en formación: los comienzos de las literaturas nacionales», en GUILLEN, C., *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona: Tusquets, 299-335.
- HANSEN, João Adolfo (2019), *Agudezas Seiscentistas e Outros Ensaio*. Org. de Cilaine Alves Cunha e Mayra Laudanna, São Paulo: Edusp.
- MELO, Francisco Manuel de (1980), *Cartas Familiares*. Prefácio e notas de Maria da Conceição Morais Sarmiento, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- QUEVEDO, Francisco de (1981), *Obras completas en prosa*. Edición de Felicidad Buendía, Madrid: Aguilar.
- SAAVEDRA FAJARDO, Diego (1640), *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas*, Monaco: Nicolao Enrico.
- SCHULZ-BUSCHHAUS, Ulrich (1979), «Considerazioni storiche sulla "Trivialliteratur"», en PETRONIO, G. – SCHULZ-BUSCHHAUS, U. (eds.), *Trivialliteratur? Letterature di massa e di consumo*, Trieste: Lint, 7-16.
- VASCONCELOS, Francisco Botello de Moraes y (1701), *El Nuevo Mundo*, Barcelona: Juan Pablo Martí.
- VASCONCELOS, Francisco Botello de Moraes y (1712), *El Alphonso*, París: Estienne Michallet.
- VASCONCELOS, Francisco Botello de Moraes y (1716), *El Alphonso*, Lucca: Marescandoli.
- VASCONCELOS, Francisco Botello de Moraes y (1731), *El Alphonso*, Salamanca: Antonio Villagordo.
- VASCONCELOS, Francisco Botello de Moraes i (1737), *Historia de las cuevas de Salamanca*, Salamanca: Antonio José Villagordo.
- VASCONCELOS, Francisco Botelho de Moraes e (1752), *Discurso politico, histórico e crítico*, Lisboa: Francisco Luiz Ameno.
- VASCONCELOS, Francisco Botelho de Moraes e (2020), *Satyrae*. Estudio, edición crítica y traducción de Christian Juan Porcar Bataller, Bamberg: University of Bamberg Press (17 Bamberger Editionen).

Enrique Rodrigues-Moura
(Universität Bamberg)